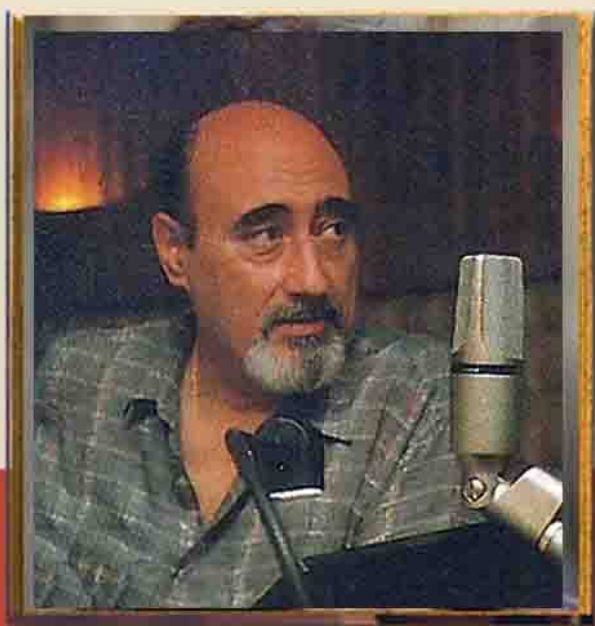


MI VOZ EN MILLONES DE FOTOGRAMAS Joaquín Díaz

*Mi voz en millones  
de fotogramas*

**JOAQUÍN DÍAZ**



**El Paisaje**  
FUNDACIÓN

**MEMORIA  
DE LA ESCENA  
ESPAÑOLA**

***Fragmento extraído de las páginas 199-201***

Cuando empecé en el doblaje, las grabaciones de sonido se hacían en la misma banda fotográfica de la película. Se ensayaba más veces el diálogo. Se aprendían los textos, *takes*, de memoria. Eran más cortos que ahora. Tras quitar el sonido original que servía de referencia para la sincronía y los tonos, se hacía un ensayo con la luz verde de atención y cuando ya se ejercía un dominio de la escena, el ayudante encendía la luz roja, se apagaba la luz del atril y se registraba el diálogo; tener que repetir el *take* una o más veces costaba caro a la empresa dado el alto valor de la película virgen. Más tarde, la cinta magnética facilitó el trabajo y alivió los costes. Se daba el caso que los actores que repetían las tomas de los *takes* sobre el fotográfico a veces resultaban más caros que el sueldo de percibían. Quienes tomábamos parte en la escena, juntos frente al micrófono, poníamos los cinco sentidos para no tener que repetirla. El ayudante de sala contaba el número de *takes* o tomas, —“302, toma primera”. El director observaba la sincronía, el tono, la interpretación, controlando el texto y daba por buena o mala la grabación. No se oía el resultado. La escena quedaba ya registrada en el fotográfico. Con el rollo original de la película en el proyector, en otra máquina adjunta y sincrónica, se grababa la voz sobre el rollo magnético con un *star* que sincronizaba ambos rollos.

En principio se doblaba la película seguida, de principio a fin. Luego pudo hacerse por escenas, pero siempre con todos los actores que intervenían juntos. Había películas que venían sin *soundtrack* o sea, sin los efectos de sonido. Un especialista en ese menester grababa el sonido de los pasos, las puertas, el teléfono, las peleas, etcétera, al tiempo que los diálogos. Profesionales en la materia eran entonces: Manuel Lasatrosa, Domingo Pariente y José Vidal. En las salas de doblaje había todo lo necesario para realizar dichos efectos. Esto se hace aún alguna vez en películas antiguas. En la Metro se tomaba sonido con tres micrófonos, separados a distinta distancia, para dar más o menos la profundidad que requerían las escenas. Mister Foldbari, era el ingeniero de sonido de la Metro. En La Voz y en otros estudios, esa técnica la ejercía quien tomaba sonido desde su cabina, acercando o alejando la voz, mediante una clavija al uso. Linares Ribas y Juan Sardá se ocupaban de ello. Sangenís, excelente ingeniero de sonido, encargado de las mezclas, completaba el trabajo a la perfección. En la Metro además, se corrían unas espesas cortinas a lo largo de la sala y en el techo para dar sensación de hablar en exteriores y se quitaban para lo contrario. Todo un proceso meticuloso que se cuidaba con esmero. Luego ese efecto se consiguió técnicamente. Los efectos de sonido eran tan importantes como la sincronización de los diálogos. En la radio los hacíamos a un tiempo. Nos encargábamos de ello los

actores que no interveníamos en la escena. Un incendio, por ejemplo, se conseguía estrujando suavemente el papel celofán de un paquete de cigarrillos. El tictac de un reloj, con un lápiz, moviéndolo con las manos acompasadamente haciéndolo pasar por la mano que tenía un anillo. El efecto de una tormenta, con un tambor moviéndolo de un lado a otro en el que había unos perdigones. Hacíamos los pasos, el descorchar de una botella, sacando rápido el dedo de dentro de una mejilla, etcétera, etcétera. En el doblaje, por descontado, los diálogos llegaban a sala tras ser traducidos, y correctamente adaptados y ajustados –adaptación y ajuste– dos conceptos completamente distintos que hoy día no se tienen en cuenta. La adaptación de una traducción, más o menos literal, consiste en tratar de decir en nuestro idioma lo mismo que el original, expresando el mismo sentido. Y el ajuste, como su misma palabra indica, es ajustar en boca del actor extranjero, ese texto elaborado anteriormente sin que se pierda un ápice de lo que se quiere decir y procurando que las palabras encajen en las labiales, con sus gestos, pausas, etcétera; hay que poseer extenso vocabulario, buscar sinónimos, modismos, para que esa labor cumpla con sus propósitos. Dos genios de la adaptación y el ajuste de películas extranjeras al castellano han sido sin duda Carmen Robles y Luis Linares, a quienes debo mucho de lo que aprendí y a los cuales rindo mi más sincero homenaje

de admiración por su difícil labor. No olvido a Felipe Peña quien siguió su mismo camino, siendo aún más perfeccionista, si cabe. Se decía que a Peña, sólo le faltaba “ponerle un piso a la labial”. El rollo magnético, una vez registrado en él las voces y los efectos, se proyectaba en los cines, junto con la imagen original. Debía abocarse el *star* cuidando que fuera sincrónico con la imagen. Cuando esto no se hacía correctamente con la exactitud requerida, la imagen iba desfasada con el sonido, y los diálogos no iban sincronizados en la boca de los personajes. Esto ocurría en ocasiones, sobre todo cuando pasaban la película por televisión al no sincronizar exactamente el *star* con el sonido y la imagen. Actualmente, la técnica ha avanzado tanto que esto no se produce, salvo en películas dobladas con el sistema antiguo. Hoy en día, la versión doblada se incorpora a la banda fotográfica a través de los modernos sistemas de ordenador, disco duro y otras técnicas. Existen además varias bandas de sonido donde se graban los personajes por separado que luego se mezclan. Ardua labor a cargo de expertos especialistas. Pueden repetirse palabras sueltas y ser incorporadas al diálogo existente. Se pueden mover los diálogos, adelantándolos o retrasándolos para que vayan sincrónicos. A los actores de hoy les es más fácil la labor de sincronizar. Sin embargo el gran avance de la técnica no ha contribuido a la mejora de la interpretación.

***Fragmento extraído de las páginas 242-245***

Mi incursión en el cine iba paso a paso. Tuve una pequeña intervención en una película en la que figuraban como estrellas, Alfredo Mayo y Pepe Nieto. Siento no recordar el título. Hice un wéstern titulado *Dinamita Jim*, en el que debía montar a caballo. Advertí que no sabía. Las escenas a caballo parado las hice sin más, montado tranquilamente. Cuando tuve que salir al galope, me bajé y me sustituyó un doble. Y cuando aparecía asomado a una colina, montado, lo pasé fatal, pensando que el caballo se caería por el precipicio. Asustado, pedí que alguien sujetara el caballo por la cola. Se rieron de mí. Tomaban la escena desde abajo. No sé cómo quedaría aquello. Me mataban y me caía sobre un ataúd. Un *Spanish spaghetti western*, “Made in Balcázar”, ¡horrible! La siguiente película fue más curiosa y divertida. Era una coproducción con Francia, de la factoría Balcázar, también. *Las bellas* era su título. Yo hacía de comisario de policía. En una de las escenas abría la puerta de un gran salón para sorprender a un grupo de hombres y mujeres en una gran fiesta. El salón, completamente cerrado; a la voz de “acción”, yo abría las puertas secundado por dos policías y pillaba in fraganti a los asistentes, que se besaban o estaban abrazados en los sofás, todo suave e inocente, “Quietos

todos, quedan detenidos”. “Ok, buena”. Atención todos: se rueda la toma para la versión extranjera. Cerradas las puertas del salón de nuevo. “Silencio, se rueda”. “Acción”. No sé qué cara pondría yo al abrir. Afortunadamente, la toma, desde mi espalda, mostraba el salón en panorámica. Dije, —“Quietos todos” y ya no pude seguir, pues aquellos inocentes asistentes habían convertido la escena en una auténtica bacanal. Desnudos por completo, hombres y mujeres se dedicaban a sus sexuales quehaceres, en todas las posturas imaginables. Nadie me advirtió de que había que rodar esa segunda toma. Entonces era normal rodar dos versiones de la película. Una para España y otra para el extranjero.

La noche del 24 de diciembre de 1962 cayó sobre Barcelona una gran nevada. La calle Balmes era una gran pista de esquí. Esa tarde teníamos entradas para ir al cine Tívoli. Con la nieve cubriendo la mitad de los neumáticos, parecía imposible sacar el coche. Gracias a la pala del vecino del taller de enfrente de casa, pude desatascar el coche de la nieve y circulamos con precaución hasta la calle Caspe. Casi en solitario, por las calles cubiertas de un manto blanco.

Hacía años que los sueldos en el doblaje se habían estancado. Se hablaba de una inminente huelga. Sin embargo, se optó por reunirse con la profesión de Madrid y espolearles para celebrar un convenio sindical para conseguir mejoras salariales. Celebradas varias asambleas, en una de ellas fui nombrado

secretario de la profesión de Barcelona. Hicimos varios viajes a Madrid, pero no acabábamos de ponernos de acuerdo. Pocas veces hemos estado unidos Madrid y Barcelona. Intereses de diverso orden han roto siempre esa unión. Mientras tanto en Barcelona, un grupo de once actores y actrices nos unimos para formar una cooperativa. Parlo Films estaba dispuesta a acogernos al mando de Miguel Alonso, prolífico compañero, productor cinematográfico, actor de doblaje, director y supervisor de la distribuidora Cire Films. Parece ser que tenía varias películas para doblar con las que empezaría a trabajar la cooperativa. Ésta, aglutinaba parte de lo mejor de la profesión. Las intenciones eran buenas. Íbamos a repartirnos las direcciones, los protagonistas y las convocatorias. Pura teoría. Pura utopía. Las discrepancias no tardaron en llegar. Únicamente doblamos en películas del amigo Alonso y alguna más que cayó por allí. La cooperativa se disolvió sin pena ni gloria. Por aquella época, en el Caribe se había producido un abordaje de once piratas a un transatlántico, encabezados por un tal Galvao. Los once actores de la cooperativa heredamos el nombre. Nos llamaban “los once de Galvao”. Creo recordar que los once éramos M<sup>a</sup> Luisa Solà, Rosa Guiñón, Rosario Cavallé, M<sup>a</sup> Dolores Gispert, Manuel Cano, Miguel Fernández Alonso, Miguel Ángel Valdivieso, Isidro Sola, Fernando Ulloa, Arsenio Corsellas y Joaquín Díaz. Un elenco destacado. Respetable cuadro de actores, de reconocida calidad. Fue una pena que no



*Si deseas el libro completo contacta con  
azucena@dubbingfilms.com*

llegara a cuajar. Volvimos al redil de los estudios  
donde seguimos trabajando.